

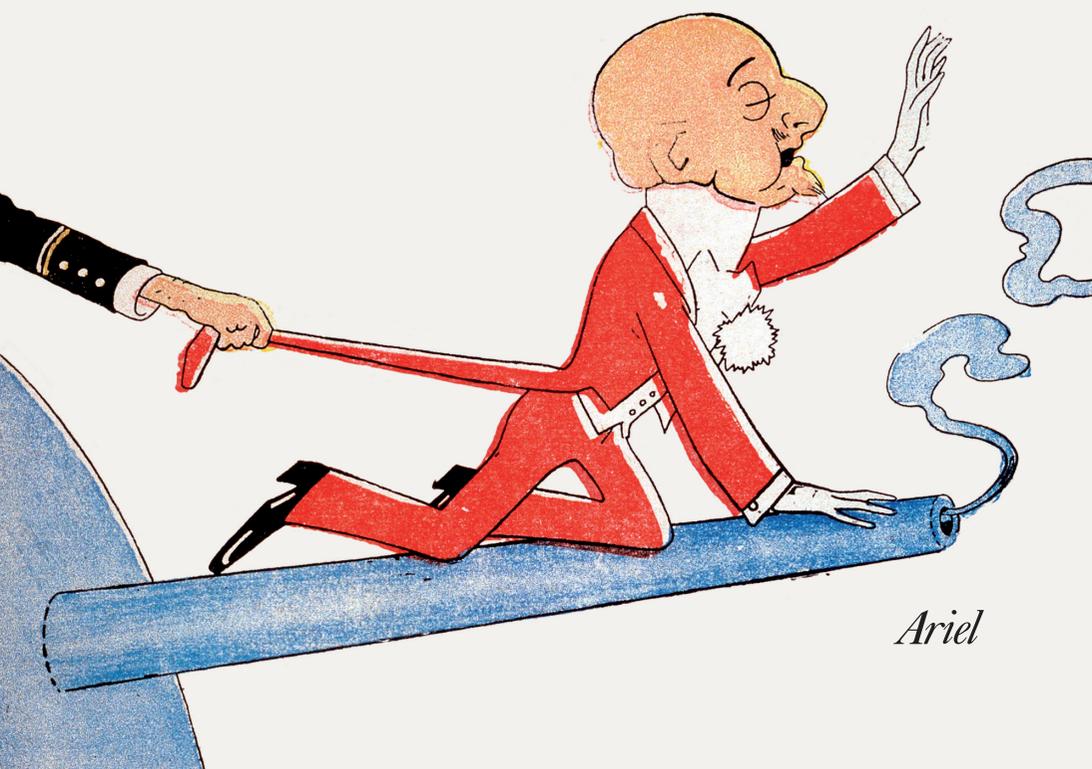
GANADOR DE LOS TRES PREMIOS MÁS IMPORTANTES
DE ENSAYO EN LENGUA INGLESA
SAMUEL JOHNSON • COSTA BOOK • DUFF COOPER

EL GRAN DEPREDADOR

GABRIELE
D'ANNUNZIO

EMBLEMA DE UNA ÉPOCA

**LUCY
HUGHES-HALLETT**



Ariel

EL
GRAN
DEPREDADOR

GABRIELE
D'ANNUNZIO

EMBLEMA DE UNA ÉPOCA

**LUCY
HUGHES-HALLETT**



TRADUCCIÓN DE
AMELIA PÉREZ DE VILLAR

Ariel

Título original: *The Pike: Gabriele d'Annunzio:
Poet, Seducer & Preacher of War*

Publicado originalmente por Fourth Estate, división de HarperCollins Publishers

1.ª edición: noviembre de 2014

© 2013, Lucy Hughes-Hallett

© 2014, de la traducción Amelia Pérez de Villar

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-1901-8

Depósito legal: B. 21.776 - 2014

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice de contenido

1. ECCE HOMO	7
El gran depredador	9
Visiones	27
Seis meses	55
2. CORRIENTES	91
Adoración	93
Gloria	105
<i>Liebestod</i>	119
Tierra	131
Juventud	141
Nobleza	145
Belleza	159
Elitismo	167
Martirio	171
Enfermedad	179
El mar	187
Decadencia	193
Sangre	201
Fama	205
Superhombre	209
Virilidad	233
Elocuencia	241
Crueldad	249
Vida	259
Drama	269

Escenas de una vida	273
Velocidad	309
Caleidoscopio	345
Los perros de la guerra	377
3. GUERRA Y PAZ	397
Guerra	399
Paz	475
La ciudad del holocausto	513
La quinta estación.	553
Clausura	601
<i>Notas de la autora</i>	<i>681</i>
<i>Bibliografía.</i>	<i>699</i>
<i>Agradecimientos</i>	<i>705</i>
<i>Índice temático</i>	<i>707</i>

El gran depredador

En septiembre de 1919 Gabriele D'Annunzio, poeta, aviador, nacionalista, demagogo y héroe de guerra, asumió el liderazgo de 186 amotinados del ejército italiano. Al volante de un Fiat rojo intenso tan cargado de flores que algún observador pensó que era un coche fúnebre (a D'Annunzio le encantaban las flores) los dirigió en una marcha por la ciudad portuaria de Fiume, en Croacia, parte del extinto Imperio Austrohúngaro, sobre cuyo desmembramiento estaban deliberando en París los despiadados dirigentes aliados. Un ejército que representaba a los Aliados se interpuso en su camino. Las órdenes del Alto Mando aliado estaban claras: parar a D'Annunzio, disparándole a muerte si era necesario. Pero aquel ejército era italiano, y una gran parte de sus miembros simpatizaba con lo que estaba haciendo D'Annunzio. Uno tras otro los oficiales empezaron a desoír las instrucciones recibidas. Según dijo después D'Annunzio a un periodista, resultaba casi cómica la forma en que las tropas regulares iban retirándose, o desertando, para seguir su estela.

Cuando llegó a Fiume el número de los que le seguían ascendía a unos dos mil. Le dieron la bienvenida multitudes eufóricas que habían estado toda la noche en vela, esperándolo. Un oficial, a su paso por la plaza Mayor a primera hora de la mañana, la encontró llena de mujeres en traje de noche y con un arma en la mano, una imagen que capta a la perfección la naturaleza de aquel lugar —una mezcla de fiesta fantasmagórica y campo de batalla— durante los quince meses que D'Annunzio

dirigió Fiume como *Duce* y dictador, desafiando a las potencias aliadas.

Gabriele D'Annunzio era un hombre de opiniones políticas apasionadas, aunque no muy coherentes. Era el más grande de los poetas italianos —tanto en su propia consideración como en la de muchos otros— desde Dante. Era «il Vate», el bardo nacional. Era el portavoz del movimiento irredentista, cuyos seguidores aspiraban a recuperar aquellos territorios que una vez habían sido italianos, o eso decían, y que habían quedado *irredenti* (sin recuperar) cuando los italianos se liberaron de la dominación extranjera del siglo anterior. Su objetivo —de todos conocido— al entrar en Fiume había sido convertir aquel lugar, con una importante población italiana, en parte de Italia. A los pocos días de su llegada ya había quedado patente que su objetivo no era realista, pero antes que admitir la derrota D'Annunzio decidió ampliar su visión de lo que podía lograr en aquel pequeño feudo. No se trataba solo de un trozo de territorio que se disputaban unos cuantos: D'Annunzio decidió que iba a establecer allí una ciudad-estado modelo, tan innovadora desde el punto de vista político y tan brillante culturalmente que todo el mundo, apagado y agotado por la guerra, se quedaría atónito al contemplarla. Definió a Fiume como un «faro que luce en medio de un océano de abyección». Era un fuego sagrado cuyo chisporroteo, al volar al viento, encendería el mundo. Era la «Ciudad del Holocausto».

Aquel lugar se transformó en un laboratorio político. Socialistas, anarquistas, sindicalistas, y algunos que a principios de aquel mismo año habían comenzado a definirse como fascistas, se congregaron allí. Llegaron representantes del Sinn Féin y de todos los grupos nacionalistas desde la India hasta Egipto, discretamente seguidos por agentes británicos. Luego había otros cuyo reino no era de este mundo: la Unión de Espíritus Libres que Tienden a la Perfección, que se reunían bajo una higuera en el casco viejo de la ciudad para hablar del amor libre y de la abolición del dinero; y el YOGA, una especie de club político *cum* banda callejera descrito por uno de sus miembros como «una isla de bendición en el mar infinito de la historia».

El Fiume de D'Annunzio era una especie de País de Cacaña, un espacio al margen de la legitimidad donde no se aplicaban las reglas consideradas normales. Era también un País de Cocaína, que se llevaba con mucho estilo en el bolsillo del chaleco, metida en una cajita dorada. Desertores y veteranos de guerra sedientos de adrenalina buscaron allí un refugio contra la monotonía de la depresión económica y el tedio de la paz. Les siguieron traficantes de droga y prostitutas —cuenta un visitante que nunca había conocido servicios sexuales tan baratos— y también aristócratas diletantes, jóvenes desbocados, poetas y amantes de la poesía de todo el mundo occidental. En 1919 Fiume era un imán que atraía a una confraternidad internacional de idealistas descontentos, como lo sería Haight-Ashbury en San Francisco, en 1968. Pero, a diferencia de los *hippies*, los seguidores de D'Annunzio pretendían hacer la guerra, además del amor. Constituían una mezcla explosiva. Todos los departamentos de Asuntos Exteriores europeos enviaron agentes a Fiume, ansiosos de enterarse de en qué andaba D'Annunzio. Los periodistas abarrotaban los hoteles.

D'Annunzio ya era un novelista de renombre, un poeta venerado y un dramaturgo a cuyos estrenos asistía la realeza y en los que siempre había disturbios. Ahora clamaba que en Fiume estaba creando una obra de arte cuyo material eran las vidas humanas. La vida pública de Fiume era una representación ininterrumpida de teatro callejero. Un observador la comparó con un eterno Catorce de Julio: «canciones, bailes, cohetes, fuegos artificiales, discursos. ¡Y elocuencia, elocuencia, elocuencia!».

Cuando la ocupación de Fiume tocó a su fin, el sueño de D'Annunzio de una sociedad ideal había degenerado en una pesadilla de conflictos étnicos y rituales violentos. Durante más de un año a ninguna de las grandes potencias le convenía dar el primer paso para expulsarle de allí, pero cuando en cierta ocasión llegó al puerto un barco de guerra italiano y bombardeó su cuartel general, D'Annunzio capituló tras cinco días de resistencia. Sin embargo, mientras duró su mandato, Fiume fue justamente lo que él había querido que fuera: el escenario

de una obra teatral extraordinaria y viva, con una audiencia a escala mundial y un reparto de miles de actores representando una obra en la que se anunciaban algunos de los temas más oscuros del próximo medio siglo.



D'Annunzio creyó firmemente que estaba trabajando por la creación de un orden mundial nuevo y mejor: una «política de lo poético». Y también así lo creyeron los observadores de todos los puntos del espectro político, desde los nacionalistas conservadores, que se apresuraron a unirse como voluntarios a su Legión, hasta Vladimir Ilich Lenin, que le envió un tarro de caviar y dijo de él que era «el único revolucionario de Europa». Sus seguidores veían Fiume como un lugar donde la vida podía empezar de cero, sin impurezas, libre y más bella de lo que fuera anteriormente. Pero la cultura que allí se creaba tomó enseguida un cariz que, visto en retrospectiva, resulta repugnante. Uniformes negros, decorados con todo tipo de oropeles, que convertían a quienes los llevaban en malvados superhombres; los espectáculos militares se escenificaban como si fueran rituales sagrados; el culto a la juventud degeneró en licencia para delinquir; se persiguió a las minorías étnicas; la secuencia sin fin de procesiones y festivales se concibió para glorificar al líder adorado. Todos estos fenómenos son ahora reconocibles como componente de la política, y no de la poesía. O más bien de la fuerza bruta. Poco después Benito Mussolini impulsaría la redacción de una biografía de D'Annunzio titulada *El Juan Bautista del fascismo*. A D'Annunzio, que veía al líder fascista como un vulgar imitador de sí mismo, no le hizo mucha gracia que se sugiriera que él era un simple precursor que preparaba el camino para el Mesías de Mussolini. Pero aunque D'Annunzio no fue un fascista, el fascismo sí era dannunziano. Las camisas negras, el saludo romano con el brazo extendido, los cánticos y los gritos de guerra, la glorificación de la virilidad y de la juventud, la patria y el sacrificio cruento eran, todos ellos, elementos que ya estaban presentes en Fiume tres años antes de la marcha de Mussolini en Roma.

Se ha escrito mucho sobre las circunstancias económicas, políticas y militares en las que florecieron el fascismo y los credos políticos a él asociados. La historia de D'Annunzio constituye una lente a través de la cual se pueden examinar todos estos avances desde otro ángulo e identificar sus antecedentes culturales y las necesidades psicológicas y emocionales que trataban de satisfacer. Si observamos la trayectoria de D'Annunzio, desde sus días de joven poeta romántico hasta la etapa de instigador de una revuelta radical de derechas contra la autoridad democrática, veremos que el fascismo no fue el extravagante producto de un momento histórico excepcional, sino algo que surgió, orgánicamente, de unas tendencias establecidas mucho tiempo atrás en la vida intelectual y social europea.

Algunas de aquellas tendencias eran, aparentemente, irreprochables. D'Annunzio era un hombre de vastísima cultura, analítico, que había leído a los clásicos y a los literatos más modernos. Hablaba de Belleza, de Vida, de Amor y de Imaginación (las mayúsculas son suyas), ideas todas ellas que sonaban bien. Y sin embargo contribuyó a arrastrar a Italia a un guerra innecesaria, no porque creyera que ello supondría ventaja alguna, sino porque tenía un apetito desmedido por la violencia cataclísmica. Su aventura de Fiume desestabilizó la democracia italiana con fatales resultados y abrió la vía para la grandilocuencia y la brutalidad del fascismo. Se enorgullecía de su capacidad de «atender», de disfrutar a fondo y celebrar la abundancia de la vida. «Soy como un pescador que camina descalzo por una playa abierta cuando baja la marea y se inclina, una y otra vez, para descubrir y recoger cuanto siente moverse bajo las plantas de sus pies.» Posó como el nuevo san Francisco, que amaba a todos los seres vivos. Pero sus broncas guerreras fueron lamentables en todos los sentidos. Para él, los enemigos de Italia son repugnantes. Les atribuye crímenes horrendos. Y reclama su sangre.

«Su capacidad de complacer era diabólica», escribió Filippo Tommaso Marinetti. Incluso los que le veían con malos ojos le encontraban irresistible. De manera similar, y por censurables que resultaran (y que resultan) los movimientos fascistas que recorrían Europa, la historia ha demostrado lo potente

que fue su *glamour*. Para evitar que se repitan no solo tenemos que ser conscientes de su crueldad, sino entender además su poder de seducción. D'Annunzio nunca apoyó al fascismo, como le gustaba proclamar a Mussolini. Se mofaba del futuro *Duce*, al que consideraba un charlatán cobarde. También despreciaba a Hitler. Pero es muy cierto que su ocupación de Fiume minó drásticamente la autoridad del gobierno democrático de Italia e indirectamente facilitó el acceso al poder de Mussolini tres años después; es cierto que tanto Mussolini como Hitler aprendieron mucho de D'Annunzio; y que, si se cuenta la historia de la vida y el pensamiento de D'Annunzio, se conforma un relato de los elementos culturales que acabaron juntándose, en las dos décadas posteriores a la anexión de la Ciudad del Holocausto por parte de D'Annunzio, para acabar prendiendo un Holocausto mayor y más terrible de lo que él hubiera podido imaginar.

El poeta tenía cincuenta y seis años cuando partió para Fiume y era ya tan conocido por sus deudas, sus duelos y sus escandalosos amoríos como por sus gestas guerreras y su talento literario. Un accidente de avión le dejó ciego de un ojo y, cuando se embarcó en su ambiciosa empresa, estaba tan debilitado por una fiebre altísima que apenas podía tenerse en pie, algo que nadie se tomaba a la ligera en un momento en el que habían muerto de gripe española unos cincuenta millones de personas.

Bajito, calvo, cargado y estrecho de hombros y, según su entregada secretaria, con «una dentadura horrible», su aspecto físico no impresionaba; pero la larga lista de sus amantes incluía a la etérea y encantadora Eleonora Duse, una de las dos actrices más grandes de Europa (su única rival era Sarah Bernhardt), y era capaz de manipular a una multitud de la misma manera que seducía a una mujer.

Hoy en día los poetas solo resultan interesantes a una minoría, pero D'Annunzio era poeta, novelista y dramaturgo en una época en la que un escritor podía atraer a una masa de seguidores y ejercer una influencia política significativa. En el estreno de su obra teatral *Più che l'Amore* («Más que el amor»)

hubo quien pidió que le detuvieran. Cuando se estrenó *La nave*, al acabar la representación, la audiencia salió del teatro y recorrió las calles de Roma entonando un verso de la obra que era una llamada a las armas. Cuando daba algún discurso asistían a él agentes de las potencias extranjeras, temerosas de su influencia. Cuando escribía algún poema polémico los principales periódicos italianos eliminaban las noticias de la primera plana para publicarlo íntegro.

Italia era una nación nueva. Su mitad meridional (reino de Borbón-Dos Sicilias) se había anexionado al reino del norte, el Piamonte, dos años y medio antes de que naciera D'Annunzio. Tenía siete años cuando en 1870 los franceses se retiraron de Roma y el nuevo país quedó al fin completo. Los héroes del *Risorgimento* hicieron Italia. Ahora había que «hacer italianos» (expresión recurrente en la retórica de la época). D'Annunzio, tras pasar la veintena escribiendo poemas eróticos con métrica arcaica y ficciones al gusto francés, aceptó el encargo. Ya se celebraba a Goethe en Alemania y a Pushkin en Rusia, y no solo como autores de alta literatura sino como creadores de una nueva cultura nacional. Eso sería D'Annunzio: «La voz de mi raza habla por mi boca», proclamó.

Era muy admirado por los suyos. Con poco más de veinte años había sido un líder reconocido entre los estetas. En su madurez escribió obras que le valieron la admiración no solo de sus coetáneos, sino de las generaciones posteriores. James Joyce dijo que D'Annunzio era el único escritor europeo, después de Flaubert (y antes que el propio Joyce) que llevó la novela a un territorio nuevo, y le situó al mismo nivel que Kipling y Tolstoi cuando dijo que los tres eran «los escritores con mayor talento natural» del siglo XIX. Proust se declaró *ravi** con una de sus novelas. Henry James ensalzó «el alcance extraordinario y la perfección» de su inteligencia artística.

Pero aunque fuese escritor sobre todo y ante todo, D'Annunzio nunca fue exclusivamente un hombre de letras. Quería que sus palabras suscitaran levantamientos y encendieran la nación. Sus gestas guerreras más famosas fueron los vuelos sobre Trieste

* «Encantado». (*N. de la T.*)

y Viena donde, en lugar de lanzar bombas (aunque también lanzara bombas...) lanzó panfletos. Para D'Annunzio, escribir era un arte militar.

D'Annunzio era un brillante publicista de sí mismo. Asociaba su imagen con la de Garibaldi, el héroe romántico del *Risorgimento*, cuyo aspecto físico —poncho, camisa roja, ese brillo del guerrillero combinado con la integridad de un santo seglar— fue tan importante para la causa de la unificación italiana como su pericia militar. D'Annunzio tomó prestado para sí el lustre de algunas figuras del pasado, pero también se identificó con el dinamismo del futuro. Se fotografió junto a buques torpederos, aeroplanos y automóviles: esbelto, acicalado y moderno, desde su calva reluciente hasta la punta de sus botines de charol. Cuando, ya retirado, echaba la vista atrás, veía exactamente lo que había sido su mayor fortaleza como figura política: «Sé cómo imprimir a mis acciones el poder duradero de un símbolo». El protagonista de su primera novela decía que «uno ha de hacerse su propia vida de la misma manera que hace una obra de arte». El mismo D'Annunzio trabajó sin cesar en ese artefacto maravilloso que fue su propia existencia.

Empleó con astucia los recién nacidos medios de comunicación de masas. De joven fue un gacetillero prolífico y publicó un sinfín de crónicas, cotilleos y ecos de sociedad, incluso esbozos casi autobiográficos. Los más serios de entre sus amigos pensaron que se estaba rebajando, pero él escribía siempre que la semilla de una idea, sembrada en un periódico, acaba germinando y dando fruto en la conciencia pública con más rapidez y con mayor fuerza que la que se planta en un libro. Y describió a uno de sus *alter ego* de ficción como si fuera un depredador que se lanza al público, su presa.

Al llegar a una audiencia tan amplia D'Annunzio se convirtió en un nuevo tipo de figura pública. Las primeras retransmisiones televisivas no se hicieron hasta los últimos años de su vida, pero la influencia del escritor fue semejante a la de un comentarista moderno, conocido en los medios. En lugar de mirar hacia arriba en la escala social y en la jerarquía política, buscando la aprobación de la clase dirigente, él se volvió hacia

el pueblo y transformó su popularidad en poder. Como ha dicho el historiador Emilio Gentile, lo que el fascismo tomó de Fiume no fue un credo político, sino un modo de «hacer política». Un modo que, a partir de entonces, se ha vuelto casi universal.

En diciembre de 1919 D'Annunzio convocó un referéndum en Fiume. Sus habitantes tenían que decidir si se quedaba para gobernarles o si lo expulsaban de la ciudad. Esperó el recuento de los votos sentado a la luz mortecina de un restaurante local, bebiendo aguardiente de cerezas con sus partidarios. Les habló de una efigie suya de cera a tamaño natural que, decía, se encontraba en un museo de París. Y una vez que concluyera aquella aventura suya, continuó, les pediría que le dieran la estatua y la pondría junto a la ventana de su casa de Venecia, para que los gondoleros pudieran mostrársela a los turistas. Era consciente de que alguien como él siempre tiene una doble existencia: una privada y otra como figura pública. Sabía que su fama se podría utilizar para varios fines: entretener a los excursionistas, sacar algo de calderilla, subir la moral de las tropas. Tal vez, incluso, para derrocar a un gobierno.

La historia de D'Annunzio es una historia que vale la pena contar, por razones que van más allá de su enorme talento y del drama de su vida —por muy escabrosa y ajetreada que fuese— porque ilustra una franja de la historia de la cultura que tiene sus orígenes, aparentemente inocuos, en el pasado clásico, pasa por las maravillas del Renacimiento y el idealismo del Romanticismo de principios del XIX y acaba por meterse en el ejército o en el *manganello*, el club fascista.

D'Annunzio fue un lector voraz que leía en varios idiomas. Era experto en revivir ideas desechadas tiempo atrás cuando llegaba la ocasión de recuperarlas y veía la posibilidad de que se desarrollara cierta tendencia en el momento mismo en que empezaba a conformarse. Es difícil encontrar una moda pasajera en la cultura de finales del XIX o principios del XX que él no haya explorado en su obra. Su habilidad para detectar lo que era nuevo e influyente llevó a Romain Rolland (un amigo suyo que pasó a ser su enemigo) a compararle con un lucio, un

depredador «que se mantiene a flote agazapado, esperando que surja alguna idea». Se le acusó repetidamente de plagio, con cierta justicia. Era un *pasticheur* brillante, capaz de adoptar y adaptar las técnicas de todos los escritores nuevos por cuya obra se sentía impresionado. Escribió como Verga, escribió como Flaubert, escribió como Dostoievski, pero los críticos inteligentes se dieron cuenta de que, en el fondo, no imitaba tanto como parecía: cuando veía pasar, llevado por la corriente, algo que podía alimentar su intelecto, lo atrapaba, como haría un lucio, y se lo tragaba. Luego lo volvía a sacar, mejor expresado.

Tomó prestado, pero también fue un precursor. Fue plenamente consciente, antes de la llegada de Freud, del tipo de excitación que en él provocaban las máquinas modernas: la proa de metal de un buque de guerra era «una monstruosa elongación fálica». Al leer a Nietzsche en la década de 1890 reconoció algunas ideas que ya estaban implícitas en su obra. Llevaba un cuarto de siglo modelando sus versos según los poetas prerrenacentistas cuando Ezra Pound empezó a imitar a los trovadores. Cuando Nijinsky y Stravinsky desataron una revuelta con *La consagración de la primavera* él llevaba tres décadas escribiendo sobre faunos al estilo de Príapo y ceremonias prepaganas. En 1888, dos décadas enteras antes de que Marinetti proclamara la despiadada nueva era de la máquina en su *Manifiesto futurista*, D'Annunzio escribió una oda al torpedo. Le encantaban los automóviles y los teléfonos, los aeroplanos y las ametralladoras. El manifiesto de Marinetti está lleno de sentimientos dannunzianos no reconocidos, incluida la noción de que la sociedad civil es tan nauseabunda que solo una guerra puede purificarla.

Sus ideas políticas eran tan eclécticas como sus gustos culturales. No era hombre de fiestas, porque tenía un sentido demasiado exacerbado de su propia y exclusiva importancia como para aceptar un programa impuesto por otros. Además, el período en el que fue mayor su actividad política fue precisamente el momento —pocos meses después de su famosa marcha a Fiume— en el que se formaron dos grupos que se unirían después en dos falanges mutuamente hostiles y harían causa común: los extremos acabaron poniéndose de acuerdo para enfrentarse al centro. El nacionalismo (que entonces se

identificaba con la derecha) y el sindicalismo (de izquierda) eran, según un contemporáneo de D'Annunzio, «doctrinas similares que parten de la energía y la voluntad». Ambos preferían la violencia a la negociación, ambos entendían el proceso político en términos de mito, no de razón. En «una sociedad venial y materialista formada por empresarios del sector químico y corredores de bolsa demócratas» ellos resultaban heroicos: eran «las dos únicas tendencias aristocráticas». Lo que le importaba a D'Annunzio, y después a los fascistas, no era el programa teórico sino el estilo, la vitalidad y el vigor.

Mientras estuvo en Fiume D'Annunzio redactó una constitución para su pequeño estado. La *Carta del Carnaro*, como él la llamó, es en muchos aspectos un documento marcadamente liberal: prometía el sufragio universal a todos los adultos y la igualdad de ambos sexos ante la ley. Los socialistas la aplaudieron; pero en los años veinte se tildó de «anteproyecto del estado fascista».

Hay un D'Annunzio aceptable, que escribe con enorme lirismo sobre la naturaleza y los mitos, y hay un D'Annunzio abominable, que instiga a sus compatriotas italianos a ir a la guerra y empapar la tierra con sangre, defensor de los más peligrosos ideales de patriotismo y gloria, que abrió el camino a la brutalidad institucionalizada. Los que admiran al primero han tratado con frecuencia de ignorar, incluso negar, la existencia del segundo. Tras la caída de Mussolini se convirtió en algo normal sugerir que D'Annunzio, que escribía tan bellos poemas, no podía haber sentido simpatía alguna por el fascismo o, al contrario, que siendo tan deplorables sus ideas políticas era raro que su poesía valiera la pena. Yo me opongo a los dos argumentos. Los dos D'Annunzios son uno y el mismo.

D'Annunzio sabía perfectamente lo terrible que puede ser un conflicto bélico. Cuando era joven visitó algunos hospitales, por curiosidad. Cuando alguna de sus amantes cayó enferma él fue un atento enfermero que —según decía— las amaba aún más porque estaban sufriendo o acercándose a la muerte. En tiempos de guerra pasó semanas en el frente, fue testigo de las matanzas y experimentó el olor de los cadáveres

sin enterrar. Tomó concienzudas notas de las heridas y de los efectos de la descomposición en los cuerpos de sus amigos queridos. En su oratoria guerrera utilizó la palabra «sacrificio» en repetidas ocasiones, refiriéndose a sabiendas a las fábulas religiosas (paganas y cristianas) en las que se mataba a los jóvenes para el beneficio de la comunidad. Cuando dos pilotos de guerra a los que se encontraba muy unido desaparecieron en 1917, escribió en su diario privado que esperaba de corazón que estuvieran muertos.

Fue un hombre muy inteligente, pero también muy poco dotado para la empatía. Era inflexible y egoísta como un niño pequeño. «Es un crío —escribió de él el novelista francés René Boylesve—, se pone en evidencia con un sinfín de mentiras y de trucos.» Y también como un niño percibía a los demás en relación con él. Cuando se enamoraba veneraba a sus amantes, pero cuando se cansaba de ellas dejaba de tenerlas en cuenta. Era un jefe excelente, aunque excesivamente quisquilloso a la hora de pagar el sueldo. Le conmovía la dulzura de los niños pequeños y era amable con los perros, pero en una ocasión escribió que la mujer que le servía la comida no era para él más que una pieza de mobiliario, un armario que caminaba.

Uno de sus poemas más famosos habla de los pastores de los Abruzzos, que suelen verse a finales de verano recorriendo las playas: con barba y ataviados como los patriarcas bíblicos, sus lanudas cargas se arremolinan en torno a ellos como cálidas olas. Es un poema bello, tierno y grandioso pero, para los que conocen a D'Annunzio, no puede leerse como un poema bucólico e inofensivo sin más. Escribía con frecuencia sobre las ovejas, pastoreadas antes del amanecer por las calles dormidas de las ciudades decimonónicas, cuando la luna las tocaba con un escalofriante reflejo plateado: una visión habitual que, sin embargo, pocos escritores captaron, aparte de él. Para D'Annunzio aquellos animales no eran hermosas criaturas que recordaban la campiña: eran hordas de seres camino del sacrificio. Igual que los ejércitos. Aquel pensamiento no le espantaba. En 1914, tres años antes de que su coetáneo británico Wilfred Owen hiciera esa misma comparación, D'Annunzio equiparaba los rebaños de novillos que recorrían en tropel las carrete-

ras del norte de Francia, camino del frente, para alimentar a las tropas, a los trenes llenos de soldados que llevaban la misma dirección. Al igual que Owen, D'Annunzio sabía que en la guerra los hombres mueren como el ganado. A diferencia de Owen, consideraba su muerte no solo *dulce et decorum*, dulce y apropiada, sino sublime.

Una noche de mayo de 1915, en Roma, D'Annunzio estaba charlando animadamente en la habitación de su hotel con un par de conocidos. Uno era el escultor Vincenzo Gemito, el otro era el *marchese* Casati, con cuya esposa, «la única mujer que ha conseguido asombrarme», tuvo D'Annunzio una prolongada *amitié amoureuse*. Luego, cuando finalizó ese agradable interludio, salió al balcón para dar uno de sus discursos más incendiarios, en el que instaba a la multitud que había bajo su ventana a transformarse en un pelotón de linchamiento. «Se considera delito incitar a los ciudadanos a la violencia, así que voy a jactarme de cometer ese delito.» Tres pasos y el cristal de una ventana separaban las dos esferas: aquella en el que había sido un *sociabilité* educado y un hombre de letras y esta, en la que era un demagogo fanático que animaba a sus paisanos a asesinar a los representantes que habían elegido democráticamente y empujar de sangre el suelo europeo. Ambas personas eran genuinas, y al escribir sobre él he tratado de encontrar la manera de hacer justicia a las dos.

La de D'Annunzio es, seguramente, una de las vidas mejor documentadas de la historia. Siempre llevaba una libreta en el bolsillo. Sus cuadernos son una materia prima valiosísima. Sus contenidos se repiten en poemas, cartas y novelas. Cuando volaba (aunque no era él quien pilotaba, pues nunca llegó a pilotar) llevaba consigo una pluma estilográfica que había comprado ex profeso para poder anotar todas sus impresiones mientras esquivaba un ataque antiaéreo. Describía las ropas y el atractivo sexual de las mujeres a las que conocía con tal rapidez, que daba la impresión de que sacaba el cuaderno antes de que ellas se dieran la vuelta para marcharse. Cuando comía solo en casa describía a la doncella que le servía. Como era un comensal refinado, escribió también algunas notas sobre los espárragos.

Sus obras están llenas de descripciones sexuales de una candidez tal que aún nos sorprenden. En sus cartas «de la mañana siguiente» vuelve a describir a su amante los placeres de los que han disfrutado juntos: una especie de pornografía íntima que a él le servía también de recordatorio para, en ocasiones, esbozar la primera versión de una escena de ficción. Sabemos con todo detalle lo que D'Annunzio hacía en la cama, o en la alfombra, delante de una chimenea bien alimentada (el frío le producía verdadero horror), o en los bosques y jardines recónditos en las noches de verano. Sabemos que le gustaba, de cuando en cuando, jugar a ser mujer, colocándose el pene entre los muslos de modo que no sobresaliera. Sabemos que disfrutaba enormemente practicando el cunnilingus, y que prefería que las mujeres midieran al menos un metro setenta y cinco centímetros de altura o, si no, que llevaran tacón alto para que cuando él se arrodillara ante ellas, su boca llegara cómodamente a los genitales de la mujer. Tenemos de su pluma no solo descripciones del aspecto externo de sus amantes, sino de sus pequeños defectos corporales, del techo de sus bocas, de la espiral interna de sus orejas, de los pelillos de su nuca o del olor de sus axilas o sus coños.

Sus cuadernos, una ingente producción literaria de D'Annunzio, y su correspondencia, aún más voluminosa, me han revelado al hombre interior: sus pensamientos, gustos, emociones y sensaciones físicas; cómo le conmovía la patética imagen de las botas apiladas de los soldados muertos; cómo le deleitaba sentir en la mano la calidez resbaladiza del pelo de un galgo. Y como fue figura pública durante más de medio siglo, he podido encontrar docenas de relatos de otras personas, hablando de él y de sus hazañas, que muestran también al hombre por fuera. Este libro tiene muchos puntos de vista, y como la vida de D'Annunzio, como cualquier otra, fue complicada, esos puntos de vista entran a veces en contradicción. Un conocido suyo, al verle en Florencia un día gris de noviembre apoyado en el antepecho de piedra que hay junto al Arno, advirtió enseguida la elegancia de su gabardina (siempre iba impecable) y con mucho tacto evitó dirigirse a él, pensando que estaría inmerso en la composición de algún poema. De su propia plu-

ma, sin embargo, tenemos la impresión de que solo pensaba en si llegaría pronto su amada o en qué haría con ella cuando se encontraran en la habitación que él tenía destinada a sus citas, donde ya habría colocado pañuelos perfumados bajo los almohadones y cubierto de flores la cama.

Nada de cuanto digo aquí es inventado, pero he utilizado libremente las técnicas que son habituales en la ficción, más que en la biografía. No siempre me he ceñido al orden cronológico, pues el principio no suele ser el mejor lugar para empezar. El ritmo del tiempo varía. He recorrido algunas décadas a toda prisa y he aminorado la marcha, en ocasiones, para registrar con todo detalle los sucesos de una semana, una noche o una conversación. Para explicarlo en términos musicales (precisamente uno de los apartados de la biografía de D'Annunzio al que no he podido hacer justicia por falta de espacio ha sido su exquisito conocimiento musical) he alternado la narración en *legato* con algún esbozo del hombre en *staccato*, y con algún retazo de su pensamiento.

He tratado de evitar la inevitable fascinación cuando una vida que se compone, como la mayoría, de hebras contiguas, pero inconexas, y como una salsa en un recipiente se mezcla para dar lugar a una historia homogénea. En Venecia, en 1908, con ocasión del estreno de *La nave*, D'Annunzio asistió a muchos banquetes y ceremonias de compromiso en su honor. Ofreció retorcidos discursos llenos de nobles sentimientos e incitación a la guerra. Sin embargo, «entre una aclamación y otra» lo que él recuerda es que pasó gran parte de su tiempo buscando el regalo perfecto para su amante. Un anillo antiguo de esmeraldas, que estaba por encima de sus posibilidades (en aquella época no podía ni ir a su tierra, por miedo a los acreedores), colmó sus expectativas. Pero aún quedaba pendiente la cuestión del estuche para guardarlo. Visitó media docena de tiendas hasta dar con él: un precioso cofrecito de piel verde (como los ojos de ella) con forma de sombrero de dogo en miniatura. Yo he tratado de hacer justicia al hombre que pontificaba en el banquete y al que recorría las tiendas de antigüedades buscando el objeto perfecto.

Hay dos imágenes que me ayudarán a exponer mi méto-

do. La primera data de 1896, cuando D'Annunzio tenía treinta y tres años y vivía en Venecia para estar cerca de Eleonora Duse. Allí conoció a Giorgio Franchetti, que había adquirido no hacía mucho el Ca'D'Oro, uno de los palacios más impresionantes y ornamentados de los que bordean el Gran Canal, y lo estaba restaurando para devolverlo a su esplendor véneto morisco del siglo xv. Franchetti trabajaba, él mismo, en las obras: colocaba los mosaicos del pavimento cubierto de sudor y de polvo de las piedras, agachado sobre el fasto multicolor de aquellas raras losetas con unas alpargatas atadas con cintas a la pierna. D'Annunzio iba a verle y le ayudaba a colocar diminutos cuadrados de pórfido y serpentina sobre el cemento fresco. He querido, al situar comentarios y anécdotas unos junto a otros como si fueran las téseras del pavimento, crear un relato que abarque las disyuntivas y complejidades de mi protagonista, al tiempo que se va revelando su retrato completo.

La otra imagen procede de Tom Antongini, que conocía a D'Annunzio bien y trabajó con él durante treinta años como secretario, agente, *personal shopper* y, en el plano sexual, Leperello de Don Giovanni. Antongini describe los frenéticos meses que D'Annunzio pasó en París como «caleidoscópicos». En un caleidoscopio antiguo, los fragmentos de cristal colorido cambian su ubicación al girar el tubo de cartón: son las mismas piezas, pero los dibujos que forman son cambiantes. Las imágenes y las ideas de la vida y el pensamiento de D'Annunzio son recurrentes: van de la realidad a la ficción, y viceversa. El martirio, el sacrificio humano, las manos amputadas, el aroma de las lilas, Ícaro y los aeroplanos, la dulce vulnerabilidad de los bebés, el superhombre que es mitad bestia, mitad dios. Yo he separado todas las piezas y he mostrado las figuras cambiantes que van formando.

D'Annunzio ha sido muy despreciado. Su coetáneo, el filósofo e historiador Benedetto Croce, dijo que estaba impregnado de sensualidad y sadismo y de un diletantismo de sangre fría. Tom Antongini, que le tenía aprecio, escribió que «se le había acusado de poligamia, adulterio, robo, incesto, vicios secretos, simonía, asesinato y canibalismo... en resumen, que Hellogábalo no era su maestro en ninguna disciplina». Cuando

murió, en 1938, en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico hubo una discusión sobre si debían presentar el pésame por la vía oficial. A esta propuesta se opuso con vehemencia lord Vansittart, que dijo de él que era un «canalla» de primera. Y esta hostilidad persiste. Mark Thompson, destacado historiador de Italia en la Gran Guerra, escribe con juiciosa moderación sobre el general Cadorna, comandante en jefe de D'Annunzio, que envió a cientos de miles de soldados a una muerte segura. El tono de Thompson al hablar de Mussolini y de los comienzos del fascismo es moderado, pero para describir a D'Annunzio emplea adjetivos como «odioso», «cruel» o «psicótico».

Yo he intentado evitar ese lenguaje. Soy una mujer que escribe sobre un supuesto «poeta de la virilidad», y una pacifista que escribe sobre un incitador a la guerra. Pero la desaprobación no es una reacción interesante. No se puede despreciar a D'Annunzio diciendo que era un ser singularmente repugnante o trastornado. Ciertamente contribuyó a embarcar a su país en una guerra innecesaria y que las opiniones que vertió, tanto en aquel momento como a lo largo de su vida, suelen resultar aberrantes: pero sugerir que su forma de pensar lo era es negar la magnitud del problema que él presenta. Una y otra vez, durante la Gran Guerra, D'Annunzio empujó a la muerte a reclutas adolescentes (de los que muy pocos sabían cuáles eran los objetivos de Italia) porque la sangre de los que ya habían muerto les llamaba, desde la tierra, para que emularan su «sacrificio». En el momento de escribir esto una idea similar, aunque expresada con mucha menos floritura, suele salir a colación para justificar la continuación de la guerra de Afganistán. Ha muerto mucha gente, pero admitir que la guerra es absurda y ponerla freno sería traicionar a esos muertos. Así que han de morir más. Este razonamiento puede ser atroz (así lo considero yo) pero si ser «psicótico» es pensar como piensan un montón de personas que están en su sano juicio, entonces ya no somos psicóticos: es todo muy normal.

En 1928 Margherita Sarfatti publicó una biografía de su amante, Mussolini. En ella ensalzaba a D'Annunzio por haber sido

«profeta, predicador y soldado en la guerra» (predicar la guerra, según la ideología fascista, era una práctica loable) y elogiaba al poeta por haber dado expresión a «un espíritu arrogante, caballeresco, burlón, fascinante y cruel que pertenece a la inmortal juventud del fascismo». Después, Sarfatti, que era judía, tendría que salir de Italia a toda prisa para escapar de aquel «espíritu fascinante y cruel», pero en aquellos momentos estaba encantada y admiraba a D'Annunzio, cuya obra encontraba tan plena de «una fe atrevida, esperanzada, grande e ilimitada» como el sonido de las huestes de camisas negras entonando cánticos populares al entrar en Roma en octubre de 1922.

Durante el primer invierno de la Gran Guerra D'Annunzio vivió en Francia, desde donde hizo varios viajes al frente como observador privilegiado. Allí vio —o dice haber visto— soldados muertos atados a estacas en grupos de diez. En aquel momento Mussolini acababa de abandonar el Partido Socialista Italiano y necesitaba encontrar un nuevo entretenimiento. Mientras, D'Annunzio daba con una imagen cuyo simbolismo de lo militar —y del credo político que pronto surgiría de ella— era tan potente que él mismo la aprobó entusiasmado. Aquellos racimos sangrientos de cadáveres puestos en pie y atados en manojo le recordó un emblema que exhibían a veces las monedas romanas y que pronto volvería a ser omnipresente en Italia: un haz (un *fascio*) de ramas de árbol amarrado a un hacha. El hacha simbolizaba el poder de la ley sobre la vida y la muerte. Las ramas atadas representaban la unión de los individuos sin poder para formar una entidad poderosa: un estado «fascista».

